Granada, Granada,
de tu poderío
ya no resta nada...

¡Lloran elegías las aguas del río,
y entre sus cristales ya no te reflejas
como una Sultana, la sien coronada
de áureos minaretes y torres bermejas!

HACIA DAMASCO

Á SIMÓN BARCELÓ

I

Van mis versos ardientes y voraces
sobre las negras sombras de mis penas,
cual árabes que cruzan las arenas
galopando en caballos montaraces.

Acaso alguno lleva, cual trofeo,
desmayada en la grupa ó sobre el anca,
alguna virgen desgreñada y blanca
desnuda de rubor y de deseo.

Otro, sobre el arzón porta un tesoro
de perfumes, de gemas y de oro;
y alguno va más pálido que un muerto

seguido de esqueléticos mastines,
sobre un potro salvaje cuyas crines
aventan las arenas del Desierto.

II

Buscando de Damasco las almenas,
van al galope, rápidos é inquietos,
señalando su paso en las arenas
con una informe fila de esqueletos.

Dejaron los famélicos leones
de algún corcel sobre la móvil anca
profundos y sangrientos desgarrones
que sangran luz bajo la Luna blanca.

Y algunos quedarán en las arenas
yertos y en cruz sobre la mustia alfombra,
muertos de sed junto á las secas fuentes,

mientras gruñendo las curvadas hienas
desgarran el cadáver de la sombra
con la voraz blancura de sus dientes.

III

Cual manada famélica de fieras
la fértil paz del aduar asolan,
y ebrios de sangre y de botín, violan
á las vírgenes bajo las palmeras.

Y ululantes de ardor cruzan el día,
flotando los nevados alquiceles,
entre un estruendo de armas y corceles,
cual radiante simoun de pedrería.

Y cansados de bárbaras contiendas,
para aspirar la esencia de las flores
que recogieron en floridos huertos,

bajo los astros plantarán sus tiendas
y alegrarán con su canción de amores
las hoscas soledades del Desierto.

IV

Atraviesan senderos y poblados,
las vestiduras rojas y deshechas,
entre un silbar mortífero de flechas
de envidiosos rencores emboscados.

Proyectando su sombra en las arenas
bajo el sueño de plata de la Luna,
galopando van todos hacia una
Damasco inmemorial de áureas almenas.

En el camino alguno cayó muerto,
con los brazos en cruz sobre el Desierto,
herido en el fragor de la refriega.

Y á su lado el corcel, rota la brida,
relincha al Cielo y la cerviz doblega
para lamer la sangre de la herida.

V

¿Qué importan los peligros del camino,
la sed, las zarpas y las emboscadas,
si flota como un sueño en las miradas
un espejismo mágico y divino?

¿Qué valen la aridez de los Desiertos
y el odio de las fieras alimañas?
¡La fe transforma en llanos las montañas,
distancias salva y resucita muertos!

Y cubiertos de sangre los corceles
entrarán en Damasco, en un sonoro
tropel glorioso de inmortal memoria,

bajo lluvia de rosas y laureles,
y entre la ronca aclamación de oro
de los largos clarines de la Gloria.

FIN

ÍNDICE